



Carta abierta a profesionales y políticos de los servicios sociales en tiempos de la Pandemia del Covid 19

Cuando el mundo en el que habitamos y nos habita, encerrados como estamos en una cápsula que no nos deja mirar lo que sucede más allá de nuestros confines, hemos de salir del estrecho marco en el que nos movemos y tomar distancia. Eso es lo que vamos a tratar de hacer en estas líneas dirigidas a todas las personas sensibilizadas con las dificultades, los problemas y los conflictos psicosociales y educacionales que todavía no han salido a la luz del día, pero que en breve tiempo pueden brotar adoptando múltiples conductas disruptivas que pondrán en juego la cohesión social de nuestro país, como bien advirtió el día 29 de abril el Presidente de la Asociación de Directores y Gerentes de los Servicios Sociales, José Manuel Ramírez.

Hemos expresado a propósito las dificultades, los problemas y los conflictos psicosociales y educacionales por dos razones: la primera es porque graduar así las relaciones entre las personas sirve a efectos de evaluación. No es lo mismo dificultad que conflicto. A la dificultad podemos poner prevención, en el conflicto nos vemos prendidos y envueltos en su dinámica, morbosa muchas veces, que nos atrapa dejándonos pocas salidas. Por otro lado, el hecho de que los equipos de los Servicios Sociales estén compuestos por trabajadoras sociales, educadoras sociales y psicólogas muestra la voluntad política de intervenir en las dimensiones vitales de las personas y familias.

Es de sobra conocido por los medios de comunicación que el número de personas necesitadas de ayuda de los Servicios Sociales está creciendo de una manera alarmante y que va a constituir el grosor de los conflictos sociales que van a ser objeto de intervención social. Ya en el Programa de la Sexta de El Gran Wyoming, el 29 de abril, se decía que a finales de febrero necesitaban ayuda unos 6 millones, mientras que a día de hoy esa cifra ha subido a 10 millones. Si, además, tenemos en cuenta que la economía española no se ha recuperado después de la crisis de 2008, la población ha sufrido con esta pandemia un doble revés, ya que las familias no han podido disponer de un remanente con el que poder haber hecho frente a la crisis. Un informe de la Fundación Alternativas, elaborado por 17 expertos y publicado el 27 de septiembre de 2018 advertía del "riesgo de nuevos conflictos sociales" en España debido al aumento de la desigualdad.



“El descenso de la movilidad social a causa de los cambios en la distribución de la renta, la tendencia a la transmisión intergeneracional de la pobreza, la aparente disminución de las clases medias y la expansión de las situaciones de precariedad, así como el aumento de la polarización social y del riesgo de nuevos conflictos sociales”, son hechos que se adelantan en el *Tercer Informe sobre la desigualdad en España*. Según él, el aumento de la desigualdad, se debe a la "incapacidad" de la economía española para crear empleo estable y suficiente", la "muy alta" concentración de las rentas de capital o la "limitada" capacidad redistributiva del sistema de impuestos y prestaciones. Nos encontramos ante un potente factor estructural, ya que los bajos salarios, es un "rasgo diferencial" respecto a otros países europeos.

Así pues, con estos antecedentes tan pesimistas, a los hogares españoles ha llegado una nueva y terrible crisis con la Pandemia del Covid 19. Poner palabras distintas a las ya descritas por numerosos analistas es imposible ahora que ya se han utilizado todas las que se tenían a mano. Y más cuando las trabajadoras sociales tenemos ante nuestros ojos cada día el sufrimiento social de miles de familias que no pueden hacer frente a la crisis abierta en canal por la pandemia. Si se habla con tanta frecuencia de brechas (salarial, de género, tecnológica, etc.), la brecha en los hogares vulnerables, tanto desde la dimensión económica como la vital no tiene parangón con la anterior crisis. Hoy es una quiebra profunda que está dejando un gran padecimiento y la continuidad de una exclusión social ya instalada, como factor estructural añadido al anterior. Este dolor se ha incrustado en todos los cuerpos y en todos los espacios en los que habita la familia. Es un dolor psíquico y físico. Es un dolor no humano porque no es comprensible por quien lo sufre, no se puede contener ni abarcar.

Mas, de momento, a diferencia de la anterior crisis, en esta se han despertado las conciencias creando un nuevo panorama de sensibilidad social. En relación a los Servicios Sociales, se puede observar que la crisis ha favorecido que emerjan con fuerza los diferentes actores presentes en la acción social, sus intereses, su fuerza y sus debilidades. Es la primera vez en la historia de España que el conjunto de la sociedad visibiliza la necesidad de un Cuarto Pilar del Estado de Bienestar, el Sistema de Servicios Sociales, para el funcionamiento de la sociedad. En especial, en materia de dependencia, pero no sólo, ya que la percepción de la fragilidad del ser humano individual, y la intuición de que el empeoramiento del clima de convivencia en los espacios sociales más deteriorados, pueda degenerar en revuelta social, está favoreciendo que se piense en la necesidad de sistemas de

protección colectiva que garanticen unos mínimos en caso de emergencia y canalicen el malestar social.

Hemos llegado al final de una época en que la racionalidad económica se ha impuesto en el sector y se ha legitimado la idea de por qué no se pueden generar ganancias económicas en la gestión de los servicios sociales. Se ha instalado una configuración político-ideológica favorable al modelo liberal neofilantrópico, denominado por algunos como Estado Mixto de Bienestar. Tal vez una gran mayoría de los actores implicados considere que estamos ante una realidad irreversible e irremediable frente a la que no queda otra alternativa que la de subirse al carro. Los fondos de inversión, las grandes empresas y las grandes corporaciones del sector no lucrativo se están quedando con todos los servicios sociales públicos o privados que les resultan rentables por diferentes razones.

Pero el conflicto de intereses económicos, políticos e ideológicos en pocas ocasiones ha aparecido con unos perfiles claros. Se han ido entretejiendo alianzas, y hoy resulta difícil establecer perfiles claros, a diferencia de lo que ocurre en el sistema sanitario español, en el que de forma manifiesta aparece el conflicto entre los sectores privados mercantiles y la sanidad pública. De manera inmediata, nos surgen dos preguntas que consideramos importantes para tener en cuenta ante un futuro tan incierto como el que tenemos por delante: ¿qué tiene de particular el mundo de los servicios sociales para qué se produzca un tipo de hibridación de actores públicos y privados que difumina las identidades hasta el punto de considerar que hay unos intereses únicos y armónicos? ¿Es posible que sea demasiado tarde y la racionalidad económica haya conquistado ya el alma y el cuerpo de los sectores influyentes presentes de manera simultánea en los diferentes espacios de decisión del sector?

Sin embargo, es todavía posible organizar y racionalizar este sistema caótico y acríptico por el momento. Y es que las crisis producen oportunidades y siempre merece la pena impulsar procesos democráticos a la hora de refundar los Servicios Sociales para la nueva época. Esta es una de las grandes cuestiones que queremos tratar en este trabajo, puesto que la crisis del Covid 19 ha hecho que nos encontremos en una encrucijada en la que es irremediable que tengamos que mutar muchas de nuestras actitudes y cambiar muchos de nuestros comportamientos profesionales. No cabe esperar más, ya nos urge, el sí o sí se ha impuesto por la fuerza de las circunstancias, como suele suceder; es ahora cuando nuestras resistencias al cambio han llegado al límite.



Hoy se pide a los Servicios Sociales públicos y privados que se asegure la subsistencia mínima de las familias y los individuos (comida y dinero para alquiler, entre otras cosas básicas). La fuerza de la inercia del caso individual, y la relación asistencial mediante las ayudas económicas de emergencia o no, se confirma como la casi única posibilidad de intervención social; algo propio de los orígenes epistemológicos del Trabajo Social que ha primado hasta el momento actual sobre otro modelo de intervención. Pero ni qué decir tiene de forma muy esquemática, que la atención individualizada favorece y apuntala los cimientos del neoliberalismo; también favorece la desigualdad. He ahí que corremos ese peligro. Porque mañana, los problemas económicos, familiares, de convivencia, de escasez de recursos educativos, psicológicos, culturales, de formación y de conocimiento, etc., que han estado invisibles en estos dos meses, saldrán a la luz para desbordar los Servicios Sociales. Y es que los problemas estructurales, **pobreza, exclusión y desigualdad** siguen vivos, generando el deterioro de las relaciones sociales. La **anomia**, problema social también estructural en nuestras sociedades modernas, pero que permanece contenido en las galerías y los subsuelos de las ciudades, para que su visión no estrese y perturbe nuestra hipotética paz, se añade a estos. Basta entrar con todo nuestro cuerpo y mente en películas como Parásitos, Joker, Yo, Daniel Blake o Sorry, we missed you, para acercarse a la anomia de nuestros días. Pero más real y cercano es la anomia que se mueve en muchos campos, tales como la prostitución, la trata de mujeres, la mafia de las drogas, el abuso y la explotación sexual a niñas y niños por internet, etcétera.

Y, puesto que el propósito de esta carta es la invitación a salirnos del estrecho marco en el que nos movemos, antes de que se mude en un campo de minas, vamos ahora a reflexionar sobre la respuesta del Ministerio de Inclusión a la demanda generalizada del Ingreso Mínimo Vital. La intención de que se convierta en una prestación estructural que venga para quedarse entre las ayudas económicas a las familias vulnerables, tal vez sea una oportunidad para los Servicios Sociales y sea el ensayo de la Renta Básica Universal. Pero no nos engañemos, nos encontramos en una profunda crisis y la incertidumbre es el estado natural de nuestra experiencia vital en estos momentos. Incertidumbre no solo vital, sino también profesional, porque nuestra mirada está abierta a los riesgos en los que nos encontramos como profesionales de los Servicios Sociales. Nos referimos a unas políticas sociales que van a la deriva entre el viejo mundo que estamos dejando atrás a pasos agigantados y un nuevo mundo que está queriendo brotar con fuerza y deseamos se afiance cuanto antes. El viejo mundo

trata de controlar las vidas de los pobres con la antigua y puritana ideología del trabajo como realización del individuo; de ahí las políticas de las rentas mínimas de inserción. El nuevo, que muchas estamos proyectando, es el de dar libertad al individuo para que con su autodeterminación elija el camino que quiere recorrer en su vida. Por eso, puesto que toda crisis acarrea en su núcleo una amenaza y una oportunidad, podemos mirar a nuestro alrededor con un cierto grado de escepticismo en el que el optimismo y el pesimismo dancen ante nuestra mirada de adultos con desenvoltura. Porque en el interior de esta aparente paradoja se encierra la posibilidad de mirar la realidad que surge de una forma u otra. Viene aquí a cuento traer la observación de Epicteto: *no nos afecta lo que nos sucede sino lo que nos decimos acerca de lo que nos sucede*.

Trataremos de explicar todas estas cuestiones que se presentan tan densas. En primer lugar, el IMV va a depender de la Seguridad Social y va a sentar un precedente al desvincular la ayuda económica de los Servicios Sociales. Pero sabemos que también tiene sus voces discordantes que reclaman el mantenimiento del *statu quo* conocido hasta ahora como las rentas de inserción. De hecho, en las últimas semanas se está produciendo una sorprendente coincidencia en las declaraciones desde sectores muy diversos a la hora de cuestionarlo: sectores del Gobierno, la propia Conferencia Episcopal, las asociaciones de empresarios e incluso las más recientes declaraciones realizadas desde el nacionalismo valenciano; y, más allá de sus diferencias, encontramos argumentos con una música similar: una prestación económica directa puede provocar la cronificación de la pobreza, los proyectos vitales de las personas válidas pasan por su incorporación al mercado de trabajo, es necesario vincular la percepción de un ingreso a un proyecto de inclusión social que cuente con el seguimiento de persona a persona. He aquí el empeño de los gobiernos en considerar que los pobres son menores de edad y necesitan del trabajo como un instrumento pedagógico propio de los planes de la pedagogía moral de los siglos XIX y XX; o bien, que tienen la culpa de sus males y no trabajan porque no quieren, pues de lo contrario, ya estarían ahorrando para el futuro, “como cualquier otra persona”.

Esta finalidad pedagógica del trabajo está presente en las propuestas que pretenden vincular la garantía de ingresos mínimos a los servicios sociales y a la prescripción de itinerarios individualizados de inclusión social con una metodología centrada en la persona cuyo propósito es el de moralizar a las clases bajas. Por eso, ¿hasta qué punto no resuena en estos planteamientos la tradicional distinción

entre los verdaderos y los falsos pobres, aquellos que siendo válidos no están dispuestos a incorporarse a trabajos denigrantes y mal pagados? La pobreza y el ocio juntos se seguirían viendo como un peligro social y político. Las pedagogías de la conformidad valoran el trabajo como intrínsecamente bueno, valioso y meritorio ya que por su sola condición nivela a las clases sociales en un conjunto homogéneo acorde con un orden social que garantiza la idoneidad funcional, justo la que aquella sociedad puritana necesitó en su momento para sobrevivir sin incertidumbre. Pero ante esa ideología, las preguntas se imponen: ¿es posible sobrevivir sin incertidumbre? ¿es posible sobrevivir sin riesgo? ¿es posible sobrevivir sin experimentar la fragilidad? Hoy todas y todos vivimos al borde del abismo de la vulnerabilidad social o psicológica, no es posible huir de él. Ya vivimos en el riesgo y cualquiera podemos caer en la vulnerabilidad, ya que la Covid 19 ha alterado nuestro suelo psicológico, económico y social como nunca ninguna crisis lo había alcanzado. De ahí que los Servicios Sociales no hayan sido nunca más universales que ahora.

El hecho es que estamos asistiendo a un escenario que se ha presentado como un problema dilemático; esto es, desde que se declaró la pandemia del COVID 19, de manera continua se ha planteado cómo conjugar la defensa de la vida y la economía, afirmando incluso que la parada de la economía podría provocar más muertos que el propio virus, hasta el punto de que hay quien plantea que la producción se impone como única solución de fuga para toda la sociedad; como última y máxima realidad determinante y última y máxima categoría ideológica. Pero no podemos considerar que la ideología es algo abstracto. La ideología, si no tiene su representación en la realidad social no es más que humo. De ahí, que el dilema entre la dimensión económica y la vital, esto es, la salud, es un falso dilema que no podemos ni siquiera enunciarlo. Como hace poco ha dicho Antonio Figueras, investigador del CSIC, “la viabilidad económica depende de la seguridad sanitaria y esta de la social”. Este panorama tan complejo es casi imposible de comprender por las mentes que buscan solo certezas. Pero lo cierto es que si nos faltan vidas, la producción caerá. Y si nos falta el amor, la amistad, la fraternidad y la solidaridad, no nos será posible vivir sin un cambio de actitudes en relación a los supuestos básicos de nuestra vida. Las respuestas vecinales ponen de manifiesto la necesidad de recuperar algunas de las vinculaciones personales y familiares que habían sido sustituidas por relaciones mercantiles impersonales y profesionales. Y los Servicios Sociales representan un escenario magnífico para poder vincular todas las aportaciones de la comunidad en la que se desarrolla la acción social que tienen encomendados.



Mas, la gran cuestión sigue en pie. Tras 500 años en los que se ha asegurado que el trabajo está inscrito en la naturaleza humana, es muy difícil salir de ese marco; pero también podemos decir que no será posible inaugurar una sociedad dedicada a redescubrir y cultivar los valores del mundo de la vida si no somos capaces de salirnos de él. Por ello, a la pregunta que hoy se hacen muchas profesionales ante la perspectiva sobre lo que puede pasar, si una posible Renta Básica Universal (RBU) salga de los Servicios Sociales, “y nos quiten las ayudas económicas”, no hay más respuesta que la de aceptar otra vez la incertidumbre. Da miedo, sí, es un miedo al vacío, miedo a perder la seguridad que da un rol ya fijo e incrustado en nuestra piel profesional. Mas, es preciso añadir que es un miedo anticipatorio. Este es uno de los miedos más difíciles de manejar pues atenta contra nuestra necesidad de seguridad, de vivir bajo el techo de la certeza y controlar nuestra vida. Tener un rol profesional que da seguridad y, añadamos aquí, la ansiada identidad de las trabajadoras y trabajadores sociales, es lo más digno a lo que pudimos aspirar cuando las ayudas económicas se hicieron efectivas y pasamos a trabajar en el calor de los despachos. Entonces, conseguimos pasar de ser emigrantes en busca de un lugar seguro en el que habitar, para aferrar y asegurar con fuerza el control de nuestro rol, a la par que nos pusimos a controlar a las clases más pobres. Se dijo de nosotras que ejercíamos un control dulce, término que al traerlo ahora a estas páginas nos sonroja. ¿Por qué y para qué hemos de tutelar la vida de tantas personas? ¿Qué poder añadido da a nuestra profesión? ¿Cuál es la identidad que nos ha aportado más allá que la de controladores de la economía de las familias perceptoras? Y, pensemos más en profundidad, ¿por qué tenemos miedo al vacío de contenidos propios de los Servicios Sociales que no sean el ya saturado de las ayudas económicas? ¿No estamos viviendo ahora una enorme incertidumbre con esta crisis? Nuestra resiliencia está aumentando al tener que vivir en medio de esta incertidumbre que abarca todos los frentes de nuestra vida: la enfermedad y la muerte cercanas que ya se hicieron realidad en estos meses, el paro en nuestras familias, el miedo a la enfermedad, la educación de nuestros hijos y nietos en el aire, el aumento de la desigualdad y la exclusión cada vez más cerca de nosotros, más un largo etcétera que alargaría este artículo hasta hacerlo insufrible.

Pensar en estas cuestiones hoy es una oportunidad para los Servicios Sociales. Sí lo es, pues aprovechar la gran crisis del Covid 19, para hacer de nuestra profesión un cambio de identidad que se proyecte y se prolongue a las nuevas generaciones que accedan a los estudios de nuestra licenciatura, es una labor creativa y emprendedora. Las y los profesores del Grado tendrán que cambiar también sus

contenidos y sus métodos de impartir las clases. El hecho es que nos encontramos ante una encrucijada en la que no hay otra posibilidad que la de disponernos desde ahora a emprender nuevos caminos que, en muchos casos, supondrán un cambio muy radical. Pero la vida es puro cambio y no vale seguir diciendo que somos una profesión del cambio y de la transformación social si no empezamos por cambiar nosotras mismas.

En el nuevo libro de Silvia Navarro, *Pensamiento creativo y acción social innovadora*,ⁱ magnífico para trabajarlo en estos tiempos, la autora trae, entre otras muchas de sus creativas propuestas, una, cogida al azar para este propósito. Se trata de un cuestionario que “os puede ayudar a reflexionar sobre vuestra capacidad creativa y plantearos cómo reforzarla.” Parece, sin temor a equivocarnos, que el libro es una joya para estos tiempos.

Es en la intervención con grupos para desarrollar proyectos comunitarios donde se puede encontrar nuestro espacio de creatividad, porque en él podemos trabajar con las otras personas que desean crecer y desarrollar su vida en fraternidad, en amistad, con solidaridad y gozo por vivir, a la vez que pueden hacer proyectos de mejora en los barrios donde transcurren sus vidas. Es una contestación crítica al trabajo de casos al que se ven sometidas muchas trabajadoras sociales que, como decíamos líneas más arriba, es una intervención que le hace el juego al sistema neoliberal, apuntalando sus cimientos mercantiles con las ayudas económicas condicionadas a un trabajo, cuya inexistencia es hoy más que palpable por mucho que se quieran hacer planes de inclusión social. Así pues, invitamos a adoptar una nueva actitud ante el trabajo, un talante de liberación y de gozo por trabajar en proyectos cooperadores. Pero no queda ahí el camino que hemos de desarrollar. Falta trabajar en equipo puesto que, a nuestro parecer, es la única manera de trabajar con la población. Es llamativo que en los llamados equipos de Servicios Sociales trabaje cada profesional por su lado en la mayor parte de los centros. Llamativo e incomprensible. Hoy no hay otra posibilidad de hacer un trabajo creativo si no es con los otros, con los pares profesionales y con las y los sujetos de la acción social que son los pobladores de los barrios.

En resumen, un trabajo social cuya voluntad sea salirse del marco estrecho en el que se desarrolla la profesión, tiene que tener como punto de partida la consideración de la dignidad de todo ser humano y de su capacidad de establecer un diálogo con la realidad social, porque “la palabras crean mundos”, según nos enseñó hace poco El Roto. La palabra tiene un poder transformador tan extraordinario que nos puede ayudar a construir mundos diferentes. Superar el

acto profesional individual que nos resuena tras las propuestas que hablan de prescripción como si se tratase de recetar una prestación, sólo será posible si superando la visión tutelar del otro se crean espacios de intervención grupal y comunitario. Más, en la intervención individual también tendremos muchas cosas que hacer con los sujetos. Tal vez, una de las principales es apoyarlos en su toma de decisiones cuando se planteen sus itinerarios de autonomía y emancipación. Ayudarlos a reflexionar sobre sí mismos, sobre sus deseos y capacidades, ayudarlos a desarrollar sus potencialidades, a enfrentarse a sus retos personales. En fin... Son tantas cosas las que podemos hacer en las nuevas tareas que se vislumbran en el horizonte, que podríamos denominarlas como TRABAJO SOCIOEDUCATIVO, aquel que se perdió entre la montaña de papeles que asumimos y nos sumió en la confusión.

Y, para concluir, unas palabras de Óscar Cebolla, coordinador Técnico de la Revista de Servicios Sociales y Política Social del Consejo, y artista en sus horas libres. Hablando de Stephen Hawking, decía con vehemencia cómo un hombre con terribles padecimientos físicos pudo llegar tan lejos. “Demostró que la ciencia precisa de un pensamiento artístico y abstracto, que en cierta medida funciona como un pensamiento lógico. A través del pensamiento creativo abría una ventana al propio cosmos a millones de años luz de su enfermedad. Es así como la humanidad ha conseguido llegar hasta lo imposible. Más allá de sus propios medios materiales.”

9

Y termina diciendo: “Creo firmemente que en estos tiempos se pueden poner en cuarentena muchas cosas, pero nunca nuestra creatividad. Mi tabla de salvación.”ⁱⁱ

Teresa Zamanillo y Luis Nogués

Madrid 15 de mayo de 2020

ⁱ Navarro Pedreño, S. (2020). *Pensamiento creativo y Acción Social Innovadora*. Ed. CCS. Madrid.

ⁱⁱ Cebolla, O. (2020). *El arte del trabajo social (Una iconografía de Óscar Cebolla Bueno)*. Ed. Alejandro Robledillo.